

# El Pueblo

## Diario republicano de Valencia

Pícase el champagne  
**Foret**

Representante: Joaquín Sanz, Lauria, 18

PARA "EL PUEBLO"

### Procedimientos clásicos

Quien dijo que gobernar es prever, debió completar la definición, añadiendo: menos en España. Aquí no solo carecen los gobernantes de la indispensable virtud, sino que ni siquiera acuden en remedio del mal, de la fatalidad o de la desgracia inesperada, con aquella diligencia capaz de contener sus estragos. Existen para todas las clases de problemas sociales unas cuantas palabras, en la mayoría de los casos ayunas de sentido, con las que la rutina gubernamental sale del compromiso lo más airoso que se puede. Ve bigracia; desgracia; el mundo entero nuestra moneda, hasta desmoronar la producción nacional y gravar los artículos de indispensable importación en un treinta y cinco o cincuenta por ciento, aislándonos del comercio mundial; presentados donos ante él, en bochornosa quebra; en el Consejo de ministros celebrado ayer, leemos una vez repetido en todos los órganos oficiales, se acordó el nombramiento de una comisión encargada de estudiar el problema de los cambios. Luego pasaron meses y aun años sin que trascienda al público la obra de tan grandes ingenios, o a lo sumo, se publicaba una kilométrica relación de soluciones seso ditas, en alguna vez se abordaban.

Otros, se encarecen los alimentos de primera necesidad, el pan, las patatas, el bacalao, las legumbres y verduras; no hablemos ya de carnes, pescados frescos; aves, ni de otras viandas que, tal como se van poniendo las cosas, parecerán a muchos golosinas; se alza de punto a punta de España un clamoroso en demanda de reformas urgentes, como la supresión del odio so impuesto de consumos, que favorezca la producción de los jornales; y al obo del mudo, cuando, como el burro del cuento, nos vamos acostumbrando a no comer los españoles, nos sorprende la reseña de cualquier Consejo con la sucinta nueva de que el ministro de tal o cual departamento leyó a sus compañeros un magnífico informe sobre las subsistencias, que continúa, naturalmente, por las nubes.

Item más: se quebra de puro seco, como vidrio, la tierra de labor andaluza; millares de braceros en forzoso paro, extenuados y enloquecidos por el hambre, que obra como verdadero puntillero sobre la miseria fisiológica heredada de muchas generaciones, amenazan tomar por la violencia lo que les corresponde en justicia, garantír por sí mismos el derecho a la vida, que la sociedad reconoce, pero no garantiza; y el gobierno, salvo aperichir la fuerza pública contra las clamorosas revoltosas, no encuentra arbitrio más positivo que ordenar la instrucción de un expediente para reparir socorros é iniciar obras, como si el hambre de los campesinos pudiera esperar los lentos trámites de la tortuga burocrática.

Siempre igual! Día por día la vida española se repite todos los años con insosportable rutina. ¿Quién habló de la previsión del gobernan? Las desdichas de hoy son las desdichas de ayer y las desdichas de mañana.

Himalayas de papel impreso podrían formarse con cuantas memorias, informes, concursos y expedientes oficiales ha motivado el eterno problema agrario de Andalucía. Desde la modificación de los anticuados procedimientos de cultivo hasta el régimen de abonos y riegos, para devolver a la tierra su riqueza, cuanto convendría hacer está más que evidentemente demostrado. Sin embargo, gobierno alguno se preocupa de que tales experiencias se realicen. Es más cómodo abandonar el problema al sucesor, entreteniendo a la opinión con el pomposo anuncio de investigaciones y estudios innecesarios; que la casualidad o el tiempo resuelvan de momento el conflicto. Y hasta otra.

La quebra está en que hay ocasiones, como la presente, en que todo el papel de barba de las oficinas del Estado y todos los sueltos oficiales de la prensa pueden no bastar a contener la desesperación de los hambrientos.

A. Aguilera y Arjona.

Madrid—Marzo—1905.

### Sobre la piedra blanca

La gran revolución

Hipólito Dufresne, el personaje de Anatolio France, al encontrarse en plena sociedad colectivista, el año 2270, siente el deseo ante todo de conocer cómo llegó a la humanidad a una transformación tan completa.

Su amigo Michel relata, rápidamente como se verificó la revolución socialista.

—La obra capital del siglo XX fué la extinción de la guerra. El Congreso arbitral de la Haya, instituido en plena barbarie, no sirvió para mantener la paz. Pero otra institución fué creada en aquella época. En los parlamentos de las diversas naciones formáronse grupos de diputados que, poniéndose en relación unos con otros, tomaron la costumbre de deliberar en común sobre los asuntos internacionales. Representando la voluntad pacífica de una muchedumbre de electores cada vez más grande, sus resoluciones adquirieron gran autoridad y fueron motivo de reflexiones para todos los gobiernos que hubieron de contar en adelante con los sentimientos populares. Fue un primer ensayo de parlamento internacional. Sin embargo, el partido de la guerra era aún muy poderoso en los imperios y en la misma República francesa. Si el peligro de las guerras dinásticas y de las guerras diplomáticas por mantener lo que se llamaba equilibrio europeo hubiese sido conjurado para siempre, quedaban la crisis industrial, el conflicto de los intereses comerciales que podía provocar una terrible conflagración.

El proletariado, organizado con defectuamente y sin plena conciencia de su fuerza, no podía impedir la lucha armada entre las naciones, pero disminuía su frecuencia y su duración. Las últimas guerras de la humanidad fueron producidas por cierta locura furiosa del viejo mundo, que se titulaba política colonial. Ingleses, rusos, alemanes, franceses y americanos se disputaban rudemente en Asia y África "las zonas de influencia" como ellos decían, para explotar a los indígenas, estableciendo con ellos relaciones económicas por medio del pillaje y la matanza. Destruían en África y en Asia todo lo que era posible destruir. Luego llegó lo que debía llegar. Guardaron las colonias pobres, cuyo sostenimiento les costaba muy caro, y perdieron las colonias ricas que al veras con vida propia se declararon independientes. Esto sin contar que en Asia, un pueblo pequeño y despreciado hasta entonces, instruyéndose por medio de la Europa y apelando al heroísmo, supo hacerse respetar por todos los blancos. Fue este un gran servicio que el Japon hizo a la humanidad en los tiempos que llamamos bárbaros.

Quando terminó este período abominable de la colonización, ya no hubo más guerras; pero los Estados siguieron manteniendo grandes ejércitos. La sociedad actual no ha nacido espontáneamente. Ha surgido de la sociedad anterior, pues en la vida moral como en la vida individual, las formas se engendran unas a otras. La sociedad capitalista produjo, naturalmente, la sociedad colectivista. A principios del siglo XIX de la era que llamamos bárbara, se realizó en la industria una evolución memorable. A la pequeña producción de los artesanos que trabajaban en sus casas con herramientas propias, sucedió la gran producción, movida por un agente nuevo, de maravillosa potencia: el capital. Esto en aquellos tiempos fué un gran progreso... El régimen capitalista proporcionó a la humanidad una fuente incalculable de riqueza. Además, juntando a los obreros, en grandes masas, y multiplicando su número por las nuevas necesidades de la fabricación, creó una clase nueva: el proletariado. Haciendo de los trabajadores un inmenso Estado dentro del Estado, el capital preparó así sabiendo la emancipación de aquéllos, dándoles medios para conquistar el poder... A pesar de esto, el régimen que había de producir en el porvenir tan beneficiosos efectos, era exacerado y con razón por los trabajadores, entre los cuales hizo innumerables víctimas.

No existe ningún bien social que no haya costado sangre y lágrimas. El régimen capitalista que había enriquecido la tierra entera,

estuvo muy próximo a arruinarla. Después de aumentar colosalmente la producción, se vio imposibilitado de reglamentarla agitándose entre dificultades irresolubles. Las turbulencias económicas llenaron los últimos años del siglo XX. Durante los últimos diez años de la dominación capitalista, el desorden de la producción y el déficit de la concurrencia ocasionaron los desastres. Los capitalistas y los patrones ensayaron vanamente por medio de agrupaciones gigantescas llamadas trusts reglamentar la producción y suprimir la concurrencia. Sus planes, mal concebidos, se abismaron en inmensas catástrofes. En este período anárquico la lucha de clases fué ciega y terrible... El proletariado, empujado por sus victorias que por sus derrotas, aplastado por los escombros del edificio capitalista que destruyó sobre su cabeza, desgarrado por vergonzosas luchas intestinas y repeliendo con una violencia ciega a sus mejores jefes, a sus amigos más seguros, combatió, sin orden, en las tinieblas. A pesar de esto iba ganando muchas ventajas: aumento de salarios, disminución de horas de trabajo, libertad creciente de organización y propaganda, conquista de los poderes públicos, progresos en la opinión asumida de su creciente influencia. El proletariado tenía en su favor la fuerza de los acontecimientos, y al finalizar el siglo XX alcanzó ese bienestar que permite tener aspiraciones a algo mayor.

—Ea preciso ante todo ser fuerte, para hacer una revolución en provecho propio.

—Reducidos cada vez más los ejércitos permanentes por la situación económica de las naciones, llegaron a ser abolidos después de una resistencia desesperada de los poderes públicos y de la burguesía rica. Acabó con ellos la voluntad de todas las Cámaras de Europa que, halladas del sufrimiento universal, obedecían la presión del pueblo, de las ciudades y los campos. Además, los jefes de Estado guardaban sus ejércitos desde hacía tiempo, más por miedo al proletariado que porque temieran una guerra internacional. Al fin tuvieron que ceder, y los ejércitos regulares fueron sustituidos con milicias imbuidas de ideas socialistas.

—Aho estar defendidas por cañones y fusiles, cayeron las monarquías unas tras otras, estableciéndose en todos los pueblos el gobierno republicano. El proletariado ruso, unido a los intelectuales, después de una serie de atentados y matanzas, se liberó de los czares.

—El telégrafo y el teléfono sin hilos ponían en comunicación a todos los proletarios de Europa. Los discursos revolucionarios caían en los pueblos más apartados sin que los gobiernos pudieran impedirlo. Al mismo tiempo la dirección de los globos y las nuevas máquinas de volar, borraban el obstáculo de las fronteras. ¡Hora crítica fué aquella! En el corazón de los pueblos próximos a miras, creando una vasta humanidad, despertó el instinto patriótico. En todos los países volvió a reanimarse con atívido fuego, el ardor nacionalista. Ya no existían reyes, ni ejércitos, ni aristocracias; pero la patriotería adquirió un carácter tumultuoso y popular. Las diversas repúblicas de Europa adoptaron solemnemente la resolución de defender por las armas la integridad de su territorio y de su industria nacional. Las milicias se reorganizaron conforme al antiguo tipo de los ejércitos permanentes. Reaparecieron de nuevo los viejos uniformes, las botas altas, los dolmanes, las plumas de avestruz de los generales. En París, los gorros de pelo de los generales napoleónicos eran acogidos con aplauso. Todos los tenderos y una parte de los trabajadores se enfundaron en uniformes. En los centros metropolitanos se fundían cañones y placas de blindaje. Se esperaban guerras terribles... Pero esta situación solo duró tres años, y al no ocurrir ningún choque, ella misma se desvaneció por cansancio, y las milicias recobraron su aspecto pacífico. La unión de los pueblos, que parecía alejarlos fabulosamente, volvió a estar próxima. Los ejércitos pacíficos tomaron a desarrollarse: los colectivistas realizaban poco a poco la conquista de la sociedad. Y llegó el día en que los capitalistas, vencidos, les abandonaron el poder.

Dufresne sentía honda admiración ante este cambio, el más grande y decisivo de la Historia. Su huésped continuó relatándole las faenas de la gran victoria del proletariado.

El colectivismo triunfó cuando fué llegada su hora. Los socialistas no habían podido suprimir el capital y la propiedad individual si

estas dos formas de riqueza no hubieran estado socavadas y casi destruidas de hecho por los esfuerzos del proletariado y más aún por el nuevo desarrollo de la ciencia y la industria.

—Se había creído siempre—continuó Michel—que el primer estado colectivista sería Alemania, donde el partido socialista tenía una organización más antigua. En todas partes se decía entonces: "El socialismo es una cosa alemana". Pero fué Francia, con estar menos preparada, la que inició el movimiento. La revolución social comenzó en Lyon, en Lille y Marsella, a los soles de La Internacional. París resistió quince días, pero acabó por izarse la bandera roja. Solo al día siguiente proclamó Berlín el estado colectivista. El triunfo del socialismo surgió como consecuencia la unión de los pueblos. Los delegados de todas las Repúblicas europeas reunidos en Bruselas, proclamaron la constitución de los Estados Unidos de Europa. La Inglaterra fué el único Estado que rehusó formar parte de ellos, pero se declaró en alianza. Convertida al socialismo, guardó sin embargo por tradición su rey, sus loras, y hasta las penecas de sus jueces. El socialismo dominó en tonaes la Oceanía, la China, el Japon y una gran parte de la República Rusa. El Africa negra, en su marcha a la resguarda de la humanidad, entró entonces en el período capitalista, encontrándose en la situación de la Europa de siglo XIX. La Unión Americana había renuciado desde mucho antes al militarismo mercantil. El estado del mundo no podía ser más favorable al libre desenvolvimiento de los Estados Unidos de Europa.

—A pesar de esto, la Unión, agobiada con un delirio de alegría, produjo durante cincuenta años una serie de revueltas económicas y miserias sociales. No existían ejércitos, y como los movimientos populares no eran reprimidos, apenas si estallaban violentamente. Pero la inexperiencia de algunos gobernantes y la maldad de otros mantenían las cosas en un desorden ruinoso... Cincuenta años después de la constitución de los Estados Unidos de Europa, el descontento era tan general y las dificultades aparecían tan insuperables, que hasta los más optimistas comenzaban a desesperar. Soridos crujió anunciaban por todas partes la ruptura de la Unión. Fue entonces cuando la dictadura de estorcos obreros de distintas naciones puso fin a la anarquía y organizó la Federación de los pueblos europeos tal como existe hoy. Unos días que los Catorce desplegaron un genio sublime y una energía terrible; otros, que eran unos pobres hombres que obraron impulsados por la necesidad, y no hicieron más que dejar que las fuerzas sociales siguieran su natural impulso. Pero su organización aún subsiste y la producción y el consumo se reglamentan conforme a sus disposiciones. Su sistema reposa sobre la completa supresión de la propiedad individual.

Dufresne sintió necesidad de formular la misma pregunta que hubiera hecho en su caso cualquiera de nosotros.

—¿Y sois completamente felices?...  
—¡Felices! El día en que el hombre lo fuese por completo, no tendría deseos, y sin deseos, no existiría la vida.

El hombre está condenado a marchar, a marchar siempre! En esto consiste el progreso.

La felicidad es un sueño; pero el bienestar es una realidad. Y el hombre tiene derecho a la mayor cantidad de bienestar; al goce de las abundancias de la tierra, con arreglo a la suprema ley de la Justicia.

Blasco Ibáñez.

ligionarios que asieron al llamamiento de la Junta Municipal organizadora del acto conmemorativo de la fecha de la gran desastrosa Asamblea de hace dos años, en que quedó constituido el gran partido de Unión Republicana.

Entre atronadores aplausos, ocuparon el estrado los Sres. Beltrán (Dr. Adolfo), Ori, Payá, Fajarnés, Coacolla, Manant, Azzi, Monfort, Rojano, y nuestros queridos correligionarios de Zaragoza el concejal de aquel ayuntamiento señor Pintre y D. Hilario Domsos, quien ocupó la presidencia D. Adolfo Beltrán, quien en elocuentes párrafos indicó la finalidad con que el acto había sido organizado.

A continuación hablaron, pronunciando elocuentes y fogosos discursos, los Sres. Democrito, presidente de la Juventud de Unión Republicana, los concejales Sres. Fajarnés y Coacolla y nuestros compañeros Sres. Manant y Azzi.

El concejal Sr. Payá, que fué designado al levantarse, comenzó diciendo que iba a cumplir un deber que en momento alguno le daban los valientes y entusiastas republicanos de Loren.

Yo os saludó—dijo—en nombre de aquellos correligionarios que al calor de la Unión Republicana han sabido llevarnos tras sí a casi toda la población; y al transmitir el saludo fraternal permitid que grite "vivas los republicanos de Loren!"

El público contestó y repitió el viva en medio del mayor entusiasmo.

Continuó su discurso el Sr. Payá con sus párrafos llenos de energía, condenando la conducta de los traidores y exhortando a que por nada ni por nadie se rompa el bloque invencible de la Unión Republicana (Grandes aplausos).

El Alcalde socialista, que fué el que abrió el acto el Sr. Ori, al ocupar la tribuna, fué saludado con aplausos y vivas al alarde republicano.

Su discurso sincero y energético, lleno de provechosos ejemplos, fué aplaudido y celebrado.

El presidente Sr. Beltrán, con ocasión de presentar al concejal de Zaragoza D. Estanislao Pintre, tuvo febriles felicitaciones que pagaron los aplausos que provocó la presencia del señor Pintre en la tribuna. El entusiasmo fué delirante, oyéndose clamores vivas a Zaragoza republicana.

El Sr. Pintre, con palabra fácil y sobrado entusiasmo, comenzó saludando en nombre de la republicana Zaragoza a la Covadonga de los grandes ideales, a Valencia, de cuyo amor a la República tenía noticias, pero del que no había formado juicio exacto, hasta ver la animación y el fervor con que aquí se sienten. (Grandes aplausos y nuevos vivas a Zaragoza republicana).

Encareció el Sr. Pintre la necesidad de extender la labor propagandista a los distritos rurales, donde todavía alienta la fiera del caciquismo, devoradora de los altos intereses de la patria.

En Zaragoza—dijo—en las pasadas elecciones, hemos vencido en los distritos rurales, anulando para siempre el caciquismo grande que ejercía el mítico ministro Castellanos.

—Yo sé—continuó—que aquí vosotros habéis hecho lo propio, pero es necesario que no cejemos en la labor, pues así haremos sea fecunda y gloriosa la fecha que hoy conmemoramos. (Aplausos).

Y terminó repitiendo el saludo y haciendo votos por que Valencia llame en la historia de nuestras revoluciones políticas otra fecha que esté por fijar para mengua de la honra y dignidad de España.

(Gran ovación y vivas a los republicanos de Zaragoza).

La presidencia levantase para resumir los discursos pronunciados, sonando entusiastas aplausos.

El Sr. Beltrán, después de manifestar la dificultad con que tropezaba para poder resumir los brillantes y elocuentes discursos pronunciados por cuarenta de los doctos que adornan a hombres como el ilustre Blasco Ibáñez, recogió varias de las ideas vertidas, glosándolas con gran oportunidad y elocuencia.

En párrafos inspirados recordó la importancia que para los destinos de la nación tuvo la Asamblea de 25 de Marzo de 1903, rindiendo el debido homenaje al gran Salmerón y al ilustre Nakens, almas del movimiento.

Encareció la necesidad de orientar la políti

246 Javier de Montepia

—¡El campol... ¿El señor vá a preacindir de la vida del boulevard?  
—Me parecerá muy bien pin él.  
—Y se pasará también sin teatros, sin amigos y sin mujeres?...  
—Perfectamente; pero si la existencia que desde hoy he de hacer os disgusta, sois libre de separaros de mí.  
—¿Dejar al señor?... ¡Junca! Estoy hace seis años a su servicio y seguiré al señor a donde quiera que vaya.  
—¡Ehohabuena! Además, no iremos lejos.  
—Con el señor irá al fin del mundo.  
Hablando así Fabricio se había lavado y principiado su ataviz; dió orden a Lorenzo de irle a buscar un carruaje, y entre tanto sentóse a escribir la siguiente carta:

"Paris 16 de Mayo.

Mi querido León: Mañana a las diez y media irá a buscaros al ministerio; almorzaremos juntos.

Vuestro,  
Fabricio Leclère."

Puso este billete en un sobre, en el cual trazó esta dirección:

A Mr. León Hardy,  
subteniente de Infantería de Marina,  
Ministerio de Marina.

—El carruaje está abajo—dijo Lorenzo entrando.  
—Bien: llevaréis esta carta a su destino.  
—¿Tiene respuesta?  
—No.

El médico de las locas 247

—El señor vuelve para almorzar?  
—No.  
—¿Y para comer?  
—Tampoco: podéis disponer de vuestro día.  
—Gracias, señor.  
Fabricio salió, subió al carruaje y dijo al cochero:  
—A Nenilly, calle Longchamps.

XX

Mr. Delarivière, en cambio, en su lujosa habitación del Gran Hotel había dormido muy mal. Ensueños terribles, visiones siniestras habían turbado su sueño, erizando de espaldas la almohada en que descansaba su cabeza. Sólo al despertarse el alba había podido disfrutar algunas horas del reposo necesario.

Emas, por otros motivos, no podía felicitar-se tampoco de su primera noche pasada en París; el movimiento de carruajes, el ruido incesante del boulevard sucediendo a la quietud de la pensión, no le habían dejado conciliar el sueño.

Entre las imágenes que saltaron su mente, inútil es decir que había surgido muchas veces la de Jorge Vernier, al que contaba volver a ver al día siguiente en Melun al lado de su madre.

—¿Su madre! ¿Por qué su madre estaba en Melun? Hacíase sin cesar esta pregunta y hubiera querido creer en la explicación dada por su padre, pero no podía; una voz interior decía que le ocultaban alguna cosa.

Parecía inverosímil, absurdo, que estuvie-

250

Javier de Montepia

—Pues bien, padre—se atrevió a decir la niña—si tú no puedes salir hoy de París, ¿por qué no voy yo a Melun con mi primo Fabricio, que se encargará con gusto de acompañarme?  
—El banquero, que no aguardaba ciertamente esta proposición, guardó silencio, y la niña prosiguió, rodeando con sus brazos el cuello del anciano:  
—Piensa, padre, en que mi madre está aún débil y nos necesita. ¡Dos años largos hace que no me ve! ¡Con qué impaciencia debe aguardarme! ¡Iremos hoy mismo, que es verdad!...  
—Hoy es casi imposible, hija mía.  
—Nada es imposible cuando se quiere: dime que iremos, mi buen papá.  
Y la niña abrazaba a su padre con encantadora zalamería.  
—¿Qué dech? ¿Qué partido tomar?  
—¿Confesar la verdad? No se atrevía. ¿Mentir? No tenía fuerzas para ello...  
La joven, ya sin poder contener sus lágrimas, exclamó:  
—¿Por qué guardas silencio? ¿No comprendes que no soy del todo dichosa sin abrazar a mi madre? Por última vez, si no puedes dejar hoy a París, permíteme ir con Fabricio.  
—Sois con Fabricio no sería conveniente.  
—¿Por qué? Fabricio es mi primo, casi mi hermano... me dejará al lado de mi madre y volverá a darte noticias nuestras. No puede haber nada más conveniente: dime que consentes.  
—¡Imposible, imposible!—dijo el banquero sin poder ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos,

Mañana publicaremos  
**Sobre la piedra blanca**  
III Y ÚLTIMO  
La propiedad.—La familia.—Los intelectuales  
Artículo de BLASCO IBÁÑEZ  
**El 25 de Marzo**  
Mitin conmemorativo en el Casino de la calle de Libreros  
La amplia rotunda del Centro de la calle de Libreros estuvo anteanoche atestado de corre-

El médico de las locas 248

—Mi tío es dueño, al casarla, de darle toda su fortuna.  
—Es posible, y sería lástima; pero estaremos alerta.  
—No tengo confianza—dijo Fabricio—el éxito de nuestra negociación me parece dudoso.  
—Yo, por el contrario, le miro seguro—repuso el doctor—heredaréis aunque sea a pesar vuestro; me encargo de ello.  
—¿Ved lo que hacéis!  
—¿Por qué?  
—Adivino vuestros planes, y son peligrosos.  
—Tened confianza, soy hombre práctico, y no olvidaré, como lo habéis hecho vos, el escudo del revólver antes de servirme de él. Cuidad vos del marinero, mi querido Fabricio; vigiladle muy de cerca... está es mi última recomendación. Ahora, puesto que os estáis extendiendo de sueño, no queremos detenernos más tiempo; un último vaso de Champagne, y buenas noches.  
El sobrino del banquero dejó su asiento.  
—¡Buenas noches!—dijo después de beber y encender un cigarro.—Mañana a medio día irá a estrechar vuestra mano a la casa de Anteuil.  
—¿Cuanto con ello.  
—En cuanto a vos, Renato, hasta muy pronto.  
—Hasta muy pronto, amigo mío; si vais a Matilde saludada por mí.  
Después de un apretón de manos entre unos y otros, más cordial en apariencia que en realidad, Fabricio salió.  
—He aquí un funtano que quería hacernos  
Tomo I





